

Viaje

À LAS

MISIONES ARGENTINAS Y BRASILERAS

POR EL ALTO URUGUAY

POR

JUAN B. AMBROSETTI

(Continuacion — Véase la página 336 de este tomo)

Día 28.—Fué orden general que la flotilla debia marchar hoy, aunque la desicion ó buen ánimo por parte de algunos tripulantes no fuese de la mejor por creer que el rio no estuviese aún en condiciones favorables, pero, apesar de esto, obedecieron todos.

Antes de marchar me estrañó ver que cada peon traia del monte dos bastones largos de tres metros, uno terminado en gancho y otro en orqueta.

Pregunté á un capataz y me contestó que de allí en adelante teníamos que seguir de un modo muy distinto, ya no seria á remo ni á botador de punta, sinó enganchando ramas, abriendo picadas por dentro del monte anegado y empujando otras con el botador de orqueta.

Una vez en marcha comprendí que habia sido una imprudencia; á haberlo sabido antes soy tambien de los descontentos; pero ya estaba en el baile y no habia mas que bailar.

Cada árbol sumergido, cada tronco que se detenia aunque flotante por sus ramas enredadas abajo de agua, todo formaba un hervidero espantoso y por su lado ó por encima habia que pasar.

No pasaba instante en que no reflexionase considerando á la altura en que navegábamos sobre la copa de los árboles, como quedarian una vez retiradas las aguas los árboles de pié con otros secos ó arrancados enorquetados en sus copas, pero las espinas de las uñas de gato y juquerises no me daban mucho tiempo para pensar, pues apesar de nuestros cuidados no nos podíamos librar de sus caricias. Era imposible pasar por el lado exterior del monte, allí las ramas eran mucho mas débiles y no podíamos aguantar la embarcacion por ser la corriente mas fuerte. Habriamos andado cuatro horas calculando la marcha en 1000 metros por ahora cuando subi-

mos por unos remanses en los que estuvimos dos veces á punto de zozobrar á causa del viejo Lima Doce.

Atracamos á la costa y acampamos: habríamos andado dos leguas, y pasado la corredera Tararira. A la noche oimos el toque de trompa que fué inmediatamente respondido por los peones con gritos y alaridos.

Este es el saludo oficial que por allí se emplea cuando se encuentran en viage. Los de la trompa bajaban con yerba para el Sr. Fraga con una velocidad de ocho millas por hora.

El capataz afirmó que llegarían á San Javier en día y medio, nosotros aguas arriba habíamos puesto 14.

Día 29.—La marcha siguió con el trabajo y la lentitud de ayer; á la 7 y 30 a. m. estábamos frente á la Isla Sur de la corredera Choforí, que la pasamos por la costa Brasileira por donde pasa el canal principal.

Desde la desembocadura del Uruguay en el Plata hasta aquí este pintoresco río no ofrece vistas tan espléndidas y cuadros tan admirablemente hermosos como en este lugar.

Entre dos canales estrechos de 100 metros cada uno en que se divide el río, se levanta airosa y en forma de torre elevada de 50 metros, la Isla que lleva el nombre de la corredera. Detrás se ven los cerros elevados de la costa argentina que parece querer interponerse al paso de los canales, pues el río dá vuelta repentinamente á la derecha.

A media legua arriba y siguiendo la corredera se halla otra isla del mismo nombre.

De noche alcanzamos una balsa con 34 hermosas piczas de cedro que se habían escapado con la creciente entregándose á sus dueños, quiénes obsequiaron á los que la tomaron con varias rapaduras.

Antes de llegar á tierra vimos una carpincha con dos hijos, maté uno de ellos que desempeñó mas tarde el papel de lechon en la cena.

Desgraciadamente habíamos elejido mal terreno para campar; á nuestra espalda teníamos un cerro alto y nos instalamos en una faja apenas de cuatro metros y tan inclinada que agatas podíamos tenernos de pié y para que la cosa fuera completa toda esa noche llovió á torrentes.

Día 30.—Sigue lloviendo, y nos molestan los jejenes; á las 2 p. m. escampó; por distraerme tomamos una canoa y subimos hasta la barra del Alburicá en la costa Brasileira, entramos como media legua dentro del arroyo pero no tuvimos suerte, las tentativas de caza y pesca fueron infructuosas.

Día 1º de Octubre.—Al amanecer volvió á llover; nos resignamos á esperar que se componga el tiempo.

Pasó una canoa grande cargada de yerba que venía de Nonohoy, la alcanzamos con una de las nuestras y compramos treinta rapaduras que nos sirvieron de postre.

La canoa traía un techo de paja especial de dos aguas que la cubría en toda su extension menos en la popa donde vá el pelotero ó timonero que cuando llueve es el único que se moja; á estas canoas cubiertas las llaman Piraguas. Adentro venian una china y cinco criaturas que traían como única mantencion rapaduras.

A propósito de dulce; esta gente no estraña que les falte el charque por meses para mantenerse, teniendo rapaduras, las prefieren á todo.

Un solo individuo come seguido dos lios ó sean 4 rapaduras mas ó menos 2 libras de azucár.

En el día sin ningun esfuerzo y con fruicion se comen 10 ó sean 5 libras de dulce.

A las doce dispuse adelantarme con la canoa pequeña acompañado de Felipe, dos remeros, nuestras armas y víveres para dos dias.

Despues de seis horas de remo cortando la corriente y con intervalos de garuas, llegamos al rancho de un tal Sebastian, sobre la costa Brasileira.

Habíamos cruzado por las correderas Alburicá y Pucha-para-tras, que aunque cubiertas por la creciente eran imposible pasarlas á remo, así que tuvimos nesesariamente que asirnos de las ramas arañándonos y dejando girones de ropas en las espumas de la costa.

Día 2.—Lo pasamos esperando las otras canoas que llegaron muy tarde, así que dejamos la marcha para el siguiente.

Día 3.—A la madrugada llovió torrencialmente, á las doce subimos las correderas de la *Viuda* y despues la de *Aparicio*, y á las 4 de la tarde llegamos á la mejor casa construida en el Alto Uruguay entre San Javier y este punto, de los señores Fraga y Lasaga, Costa Argentina.

Domina dos grandes canchas al Oeste y Sur en cuyo recodo se halla en la falda de los gigantes cerros.

El Sr. Lasaga nos trató espléndidamente. Debo hacer notar que desde el arroyo Anburicá costa brasileira, empiezan los lotes de la colonia militar Brasileira del Alto Uruguay, viéndose á cada kilómetro poblaciones y sembrados.

Pero como sucede en todo el Uruguay que frente á Gua-

leguaychú se halla Fraybentos, frente á Colon, Paysandú, frente á Concordia, el Salto, frente á Federacion, Consticion, frente á Caseros, Santa Rosa, frente á Libres, Uruguayana, frente á Alvear, Staqui, frente á Santo Tomé, San Borja, frente á Garruchos, una colonia brasilera, frente á San Javier otra, así aquí cada rancho Brasileiro tiene su correspondiente argentino en frente.

Día 4.—Anoche llovió y temprano seguimos viaje; hacen dos dias que navegamos entre poblaciones, sembrados y cañaverales, ocupando los declives de las barrancas y las faldas de los cerros cubiertos de vegetacion que forman un marco espléndido de un verde oscuro que mas hacen resaltar el manto verde claro de los cañaverales, otras veces aparecen grandes, rosados, llenos de trozos enormes de árboles secos que aparecen blancos resaltando entre el verde de los maizales ó tabacales.

Todo salpicado de arroyitos que traen su pobre y continuo tributo al Uruguay, mansos unos, inquietos otros, serpenteando por los cerros para caer como pequeñas y preciosas cascadas.

Desde que salí de San Javier vengo estasiado contemplando tanta belleza, siempre desigual, nunca monótoma, atrayente, espléndida, lo sublime no cansa nunca y se admira siempre.

Ya divisamos la Colonia Militar, vemos la agrupacion de casas sobre la barranca suave, y por fin llegamos.

CAPÍTULO XI

EL ALTO URUGUAY

Viage en canoa.—La Costa Argentina. — La costa Brasilera.—Neblinas diarias.—Las correderas.—Las piedras que lloran.—Mariposas.—Saltos de agua.—El Paraiso ó Iparré.—Cascayo.—Su ingenio y sus productos.—Layus.—El Pepirimeni.—Marcha á botador.—El Gran Salto de Moconá.—Morteros en las Piedras.—Pescados.—Monos.—Corremos el canal.—Vuelta á Layus.

Al amanecer nos embarcamos con Felipe y dos peones en una gran canoa de un solo trozo de cedro. Cruzamos el Uruguay, fuimos á buscar á Fragoso, que vive frente á la Colonia Militar; lo embarcamos, y empezamos á andar á fuerza de remo y botador aguas arriba, arrimados siempre á la Costa Argentina.

La canoa de una sola pieza y como todas, mal trabajada, se deslizaba perezosamente, lo que me daba harto tiempo para

poder observar á mis anchas ambas costas, apesar que la posicion incómoda y forzada no me agradaba mucho.

La Costa Brasileira en un gran trecho, está rozada y plantada de caña de azúcar, maíz, etc. Pasamos la Isla que está frente á la Colonia y que segun tengo entendido es argentina; parece por ser alta con un cerro en su centro, un castillo y sus orillas no dan acceso: son de piedra, casi todas cortadas á pique y está cubierta de la misma é intrincada vegetacion de la orilla.

La Costa Argentina se presenta vírgen salvage, con su vejetacion exhuberante.

De uno y otro lado, el terreno es hondulado, pero en la costa Argentina, los cerros son mas altos que en la Brasileira.

Siempre cerca de la Costa Argentina, seguíamos navegando ya á remo, ya á botador, ya ayudándonos con los gajos de las plantas.

Uno de los peones, me dijo al rato, «olle patron as pedras que choran» (1) mostrándome en la orilla de la Barranca unas piedras engastadas en ella que destilaban continuamente gotas de agua.

De vez en cuando ya no lloraban sinó que rujian y era que entre los árboles, caía como un torrente un chorro de agua grueso que formaba una pequeña cascada, al rebotar de piedra en piedra.

La costa, en gran parte, mostraba á 10 ó 12 metros el límite de las altas crecientes llena de arena y desprovista, como una faja, de vejetacion arbórea, solo con uno que otro arbusto chico, pero oprimida por el monte que mas atrás y mas alto la cierra completamente.

Ya hemos perdido de vista á la Colonia; el sol se hace sentir cada vez mas fuerte y nosotros en la canoa y sentados, lo recibíamos de lleno.

Pasamos la corredera del Turbo. Sobre las piedras húmedas de la costa millares de mariposas amarillas se entretenian en chupar el agua y cuando al pasar cerca de ellas empezaban á volar, heridas sus alas por los rayos del sol, parecía una fantástica lluvia de oro.

Avanzábamos cada vez más, aunque lentamente; el paisaje seguía el mismo con poca variante: lo único que rompía la monotomia de nuestra marcha eran las correderas: despues de 4 horas, llegamos á una muy grande, era la del Río Paraiso:

(1) Mire señor las piedras que lloran.

fué necesario gran trabajo para poder pasarla: una que otra vez, se sentia una trompada de la canoa en las piedras.

Los peones sudaban, la canoa se movia poco, zafaba, volvia á pararse, volvia á arrancar y al fin á fuerza de trabajo zafábamos del todo mientras ellos lanzaban sus alaridos de costumbre.

Estábamos en la barra del rio Paraiso ó Ipané, espléndida, ancha, como para servir de refugio á una gran embarcacion: con sus orillas magnificas llenas de vegetacion frondosa que al ser reflejada en sus aguas le daban un tinte verdoso.

Como era necesario almorzar, saltamos á tierra en su orilla izquierda, cuya barranca es baja, allí empezaba el campo de los Sres. Storni y Ambrosetti: lo primero que vimos fué un mojon de angico marcado á fuego con esta inscripcion $\frac{A}{S}$ puesto por el agrimensur nacional Don Juan de Queirel en 1889 cuando la mensura, y cuya posicion geográfica es $54^{\circ}2'39''$ longitud O. de Paris y $27^{\circ}13'56''$ latitud Sud (1).

Las costas se muestran igualmente: solo la argentina, siempre mucho mas llena de cerros altos y cubiertos de vegetacion tupida, lo misma que la Brasileira.

Despues de pasar una corredera, á las 6, llegamos á Cascayo, que es de una playa en donde se amontonan los rodados que las aguas arrastran, formando una especie de banco: un poco más y llegamos sobre la costa Brasileira, puesto de don Antonio Francisco de Olivera (a) Cascayo, donde pasamos la noche.

El puerto de Cascayo está frente á un gran cerro, su barranca es mas de 40 metros de alta; la subimos despues de coleccionar muchas mariposas, que allí como en toda la costa, abundan, y fuimos recibidos por el viejo don Antonio, Brasileiro de la Provincia de Paraná, de 65 años, que hace 13 que vive en ese punto, acompañado de cuatro hijos varones y tres mujeres.

El frente de su casa está rozado, destroncado y sembrado de gramilla; el edificio es de madera grande y cómodo, todas las tablas, perfectamente aserradas y cepilladas; el techo es de tejas de madera, cortadas iguales y está rodeada de un cerco de tablas, muy bien hecho.

Dormimos muy bien, cenamos opíparamente, y al otro dia temprano seguimos viaje aguas arriba.

Las costas presentaban en el mismo aspecto; piedras y vejetacion; en las piedras ví muchos huesos de caracol, (am-

(1) Diferencia de tiempo en Paris 3 h. 45' 31, $\frac{5}{16}$.

pularia) los saltos de agua seguian abundando: pasámos todavia algunas correderas y á las 11 llegamos a Layús cerca del Pepiri Mini, despues de haber cruzado las correderas Bocado, Calesto Tejas, Sapos.

Bajamos á tierra y despues de coleccionar una buena cantidad de insectos y mariposas, subimos la barranca de cerca de 60 metros y llegamos al rancho que ocupaba provisoriamente don Andrés Maidana.

Todo el dia lo empleamos en coleccionar y tomar datos comerciales y prepararnos para salir al otro dia á visitar el famoso salto de Maconá.

Temprano volvimos á embarcarnos: pasamos delante la barra del Piripi Mini, que es un rio importante por el caudal de agua que derrama sobre el Uruguay, pero desgraciadamente no navegable; seguimos costeando la costa Argentina un poco más, hasta que tuvimos que tomar la Brasilera.

La navegacion era cada vez mas difícil; los remos fueron inútiles, el botador solo nos hacia avanzar: oimos claramente el rugido del Salto cada vez mas fuerte, los rápidos se sucedian frecuentemente, ya el botador solo no daba: era necesario saltar sobre las piedras y tirar la canoa á silga y echarse al lago para empujarla; despues de una hora de trabajo, vimos el Salto.

Llegamos frente á él, saltamos en una playa pedregosa del lado Brasileiro y por allí seguimos á pié por mas de dos kilómetros para poder gozar de su espectáculo.

El Salto se presenta espléndido, magnífico, el viajero se siente estasiado ante la magestad imponente de esa masa enorme de agua que se precipita dividida en chorros diversos delante de uno; fascinado sigue como atraído caminando los dos kilómetros sin sentir el calor sofocante y el sol abrasador mirando siempre asombrado tanta belleza que la naturaleza prodiga allí.

Y se sigue caminando sobre el gran pedregal lleno de inconvenientes que se salvan instintivamente sin mirarlos, avaros los sentidos de distraerse un instante de aquel espectáculo magno.

Se tropieza, se pisa mal, se reciben golpes en las piernas contra los aristas de las rocas, pero la sirena del salto á cada dolor sonrie siempre arrullándolos con su música estruendosa.

Y la marcha continua por dos kilómetros delante la escena variada en su monotonía de aquel raudal de agua que sigue precipitándose con arte infinito, mientras que dentro de uno

se sienten emociones múltiples de profunda admiración contemplativa.

El placer de la satisfacción primero, el dulce abatimiento después, alternándose á cada paso estimulan ó desalientan al viajero sucesivamente bajo aquel sol terrible, que oye sin darse cuenta la voz de anda!! anda!!

Aquí el Río Uruguay completamente estrechado entre las dos barrancas de sus costas se transforma en un canal de 25 metros de ancho que recibiendo las aguas del salto corre con horrible velocidad formando remolinos espantosos coronados por crestas de espuma constantemente aumentadas.

El Salto es uno de los más curiosos por su forma y disposición: respresenta una S que saliendo de la costa Brasileira corre después paralela al río en una extensión de cerca de 2000 metros y termina en la costa argentina; así que las aguas se precipitan de la costa argentina hácia la brasileira desde una altura de 5 á 6 metros.

La masa de agua está dividida en veinte y cuatro caídas distintas cuyos tamaños son: principiando del lado argentino en metros: 1—3—9—12—11—12—30—5—19—20—16—6—4—5—2—4—27—25—50—90—2—40—200—300.

Las distancias que separan los chorros entre si son: 12—18—60—22—15—5—4—2—3—12—8—8—5—2—4—3—03—10—10.

Detrás del Salto un cerro cubierto de espesa vegetación corre paralelo á él encuadrándolo con su mano verde.

Mi primera impresión fué de sorpresa al ver desaparecer súbitamente el magestuoso Uruguay que acababa de recorrer casi íntegro desde su boca hasta allí; luego fué de admiración ante una obra tan magnífica; pero después el recuerdo terrorífico de su nombre *el que tragó* trajo á mi mente los naufragios anónimos de las canoas que por allí se despeñaron y hasta me pareció oír el terrible grito angustioso de los náufragos rápidamente ahogado por el trueno retumbante de sus aguas.

Caminando sobre la playa de piedras observé el curioso trabajo del agua en ellas.

Cuando crece el río toda la playa se cubre, como también el salto y entonces los rodados al frotar contra el piso de piedra lo desgastan agujereándolo y haciendo en ellos una especie de morteros de los que se halla llena la playa. Cada uno de éstos tiene en su interior varios rodados.

En el canal del Salto, hervían materialmente los pescados, predominando entre ellos el dorado, que caído del salto hace

esfuerzos para volverlo á subir nadando infructuosamente, contra la corriente de las aguas pescamos cinco, todos de gran tamaño, tambien vimos bogas, tarariras y otros que no pudimos conseguir.

La roca que forma el Salto, creo sea Diorita.

Recojí algunos rodados, entre los que predominan la diorita, Melafira los Silex y agatas en abundancia, pero todos ellos demasiado pulidos para ser de allí.

La posicion geográfica del Salto es la siguiente: 27°08'19" latitud austral 10°12'47" longitud Oeste del meridiano de Pan de Azúcal de Rio Janeiro.

Mientras estábamos contemplando el Salto, aparecieron cerca de nosotros una bandada de monos negros (*Myctes niger*) chillando y haciendo mil cabriolas entre los árboles; me entretuve un rato mirando aquella gimnasia original, hasta que los peones que son muy aficionados á comerlos, mataron un casal, pero yo ordené sacarles el cuero y tirarlos porque me repugnan, parecen negros chicos.

Revisándoles el estómago, los encontré llenos de fruta de guaimbé.

El Salto, ofrece un sério obstáculo á la navegacion, pero como el hombre nunca se arredra por nada, los canoeros ya le han buscado la vuelta.

Lo que hacen para pasarlo, es subir con un aparejo las canoas y cargas, entre el primero y segundo tumbo y una vez arriba, toman el remanse que forman las aguas y marchan 20 leguas aún hasta llegar á Nonhoay.

De Nonhoay bajan en la época de creciente piraguas ó sean embarcaciones grandes como chatas, cargadas y como el Salto está tapado, lo pasan muchas veces; no estando bien crecido el rio, zozobran, haciéndose pedazos en las piedras y ahogándose mas de un tripulante.

CAPÍTULO XII

LAS CAMPIÑAS

La Picada.—Las Campiñas.—Yerbales y Yerbateros.—Sistema Brasileiro y Paraguayo.—Las mulas.—El Monyolo.—Los perros.—Los tigres.—Sus historias.—El tigre negro.—La mariposa de algodón.—La caza del tigre.—Venado.—Auta y Tateto.—Vuelta á la Colonia Militar.—El mate foreber.

1° de Enero de 1892 lo saludamos con salva y un poco de música de acordeon y tambor: pasamos todo el dia en Layus

muy tranquilos, haciendo nuestros preparativos de marcha por las picadas del campo.

Despues de almorzar fuimos agradablemente sorprendidos por la llegada de una tropa de mulas cargada de yerba que venia de campiñas, las mismas que al otro dia nos debian conducir.

En su totalidad, estaban gordas, cada una traia lo menos 10 arrobas brasileras de 32 libras, y llevaban 4 dias de marcha.

Es muy curioso ver esos animalitos, porque todos son bajos cargados con dos enormes Bruacones llenos de yerba-mate canchada: tan sufridos para la marcha apesar de la inhumacion de los troperos que las cargan muchas veces sin hacer caso á las lastimaduras horribles que se les forman en el lomo y las costillas.

Felizmente estas mulas estaban poco lastimadas: de la tropa faltaba una que habia pagado su tributo de carne fresca á don Simon, como llaman por allá al Tigre. Hacía 4 dias á la tarde, á invitacion de Maidana, fuimos á cazar un venado.

Despues de cenar recayó la conversacion sobre la caza.

El venado siempre lo que siente ladrar los perros, corre y se tira, ya sea al Uruguay ó á algun otro arroyo, así que es necesario que algunos se queden en la canoa para escuchar la corrida desde el Rio.

Llámase corrida al ladrido de los perros que siguen el rastro.

El tititó se caza de otro modo: los perros cuando encuentran el rastro lo siguen hasta dar con él, al que corren y obligan generalmente á meterse en algun tronco hueco donde es fácil matarlo.

Otras veces no se esconde y se mata á bala.

La caza del anta, cambia de especie: si se tira al rio es necesario clavarlo con una especie de arpon atado á una soga porque sinó es animal que zambulle mucho, una vez muerto vá directamente al fondo y no sale sinó á los dos ó tres dias, mientras que fijada con el arpon, se trae cerca de la canoa y comó en el agua no tiene gran accion viene sin dificultad: una vez cerca, lo matan á cuchillo.

Para cazarlo en tierra los montaraces, lo esperan con los perros en los lambedores ó barreros, que es un lugar de tierra algo salitrosa, donde acostumbran de noche ir á lamer las antas.

Allí se mata á bala, pero es necesario pegarle bien, porque en tierra es muy peligroso, atropella, pisa con las patas de

adelante, muerde y tira con los dientes sin aflojar las patas, de manera que saca el cuero ó el pedazo de un tirón.

Los perros, son las principales víctimas de los antas, y mas de un cazador ha pagado cara su imprudencia.

En cuanto al tigre es otra cuestion muy distinta.

Cuando se dá con el rastro, se largan los perros que lo siguen hasta encontrarlo, á los ladridos el tigre trepa sobre algun árbol y se coloca en un gajo horizontal.

El perro debajo lo sigue acuando, como dicen por allí, hasta que el cazador llega inmediatamente, trata de tirarle apuntando al degolladero ó sangrador.

Si lo matan, cae del árbol y sinó, herido solamente, trepa como un rayo, mas arriba y de allí se descuelga al suelo, atropellando; en este caso se le largan otra vez los perros para entretenerlo y poderlo matar con mas seguridad; pero á veces, no les hace caso ó los mata y entonces se traban esos combates terribles en medio de la maraña mas intrincada, sin mas testigos que la grandiosa magestad del monte que repercute sus espantosos bramidos y las imprecaciones del cazador.

Otras veces, no trepa y espera al cazador sentado sobre sus patas traseras, moviendo acompasadamente su cola sedosa y mostrándole sus fauces abiertas por un bostezo de impaciencia.

El cazador es necesario que sea valiente para que se le acerque, la sangre fria es el todo en este caso: un buen balazo decide la cuestion, pero si no dá bien en el blanco, no le queda otro recurso que esperarle y tirarle otro tiro de su pistola en la boca ó clavarlo de una puñalada, lo que es algo difícil, porque el tigre cuando carga se levanta sobre sus patas traseras y tira manotones desesperados que le aventan el machete.

Los montaraces en general, están dotados de una sangre fria admirable; en gran parte debida á la costumbre de luchar contra la naturaleza á cada momento.

Ninguno la rehuye, no solo porque se divierten, sinó porque aprovechan el cuero y comen su carne, que segun ellos es deliciosa.

Se cuentan muchas historias de los tigres: esa noche estuvimos conversando de ello.

En el rancho donde estábamos, se encontraban tres cazadores de tigres, así que la conversacion fué por demás interesante: algunos hechos merecen relatarse.

Fragoso, mi tropero, encontró una vez un tigre, que su perro hizo trepar: se le acercó, no tenía su pistola sino cargada con municion y como lo viera que estaba asustado segun él, por que es opinion general entre ellos que cuando un tigre trepado tiene la cara arrugada y no mira al cazador, está asustado y que en vez, cuando al contrario, muestra su cara lisa, alegre y mueve la cola, mirando á alguno, dicen que conoce que entre dos cazadores, hay uno que tiene miedo y es al que mira y al primero que salta. Guiados por estas suposiciones, cuántas veces no se equivocan costándoles muy caro.

Viéndolo asustado lo empezó á embravecer hasta que levantase la cabeza y cuando quiso incorporarse le metió la carga en el sangrador. dejándolo muerto en el acto, lo maté dijo, como á una jacutinga.

Al comerlo, le encontró los pulmones llenos de municion.

Antonio, otro de los tigreros, nos contó un caso original.

«Márquez, mi peon, es yerbatero y habian trabajado juntos: como casi todos, es muy lleno de supersticiones y en su pecho ostenta á guisa de condecoracion un escapulario monumental que segun él le salvó la vida.

Estaba zapecando yerba, cuando sintió que el escapulario le golpeaba tres veces en el pecho: se dió vuelta y detrás de él como á 5 varas vió al tigre en posicion de saltarlo: como un cohete se levantó y disparó llamando á sus compañeros: llegó Antonio con los perros y un fusil; los perros dieron con el rastro y corrieron al tigre que trepó.

Márquez quiso acompañarlo, pero Antonio que no usa escapulario le observó juiciosamente que no fuera porque con escapulario no se encuentran nunca fieras en el monte y por lo tanto no podrian dar con el tigre.

Entró al monte, encontró al tigre: le hizo fuego hiriéndolo mal: el tigre saltó al suelo, lo atropelló matándole dos perros; pero en medio del combate pudo felizmente darle un machetazo sobre los ojos que lo encegueció por la pérdida de sangre, acabándolo de matar á puñaladas.

A propósito del escapulario, lo sucedido con Márquez es fácil de explicar. El tigre cuando está por saltar, produce un sonido especial con las orejas: una especie de tic *sui generis*, bien conocido por todos; esto fué lo que oyó Márquez y como estaba agachado y trabajando, el escapulario balanceándose le golpeó naturalmente.

Pero está tan persuadido que ha sido el escapulario, que se confia al punto de no usar armas de fuego.

El tigre es muy aficionado á los perros, tanto que hubo una época en que uno de ellos, tenía aterrorizados todos los campamentos de yerbateros, de dia, de noche, á cualquier hora, estuviesen reunidos ó nó, saltaba en medio de ellos y arrebatando un perro, se lo llevaba.

Muchas veces le tiraron sin conseguir herirlo, hasta que un dia despues de haber muerto 18 perros en distintos campamentos, al querer saltar á un yerbatero que estaba tejiendo una estera de tacuara, éste le pegó un tiro que lo dejó muerto pero como los tendria asustados, llamó á sus compañeros los que acudieron y solo despues de hacerle una descarga se acercaron á él.

A la Comision Argentina de límites, otro tigre, una noche se llevó un perro y despues del perro, vino y mató á un hombre que dormía profundamente.

Pero un hecho mas horrible sucedió en las Campiñas de Américo.

Un tal Manuel Juan, salió con un hijo á cazar; largaron los perros en el monte, dieron con un rastro de tigre, al que siguieron. El tigre despues de matar á uno de ellos, operacion que efectúan dando vueltas con rapidez alrededor de un árbol grueso y esperando agazapado que el perro pase agachado siguiendo el rastro para darle un manoton en la nuca; se sentó, esperó á los cazadores y los saltó: el hijo de Manuel Juan, cayó al suelo y el tigre se abalanzó sobre él.

Manuel Juan viendo á su hijo debajo del tigre, le tiró, pero la pistola no dió fuego: entonces lo cargó con el machete, pero el tigre se lo manoteó, viéndose desarmado y en medio de la mayor desesperacion, no oyendo sinó la voz de la sangre, saltó sobre el tigre y lo montó, le metió las manos en la boca, agarrándole las quijadas, y así estuvo un rato gineteándolo é impidiendo que mordiera á su hijo.

El tigre al sentir el ginete se sacudió, se levantó; entonces el hijo que felizmente habia caído con la cabeza adelante y resguardado entre las patas traseras del tigre, pudo salir, agarra el facon del padre y lo cosió á puñaladas: el tigre murió, pero en las ánsias de la muerte alcanzó á morder á Manuel Juan en un brazo, de un modo tan horrible, que hoy lo tiene completamente inmóvil y dándole el último zarpazo en una nalga, le dejó una profunda herida.

Yo lo conocí despues en San Pedro y todavía al mostrarme su brazo mutilado me decia riéndose: «¡¡que bicho desgrazado para domar!!

Otro caso original sucedió en las campiñas del Paraiso.

Estaban acampadas 4 tropas. Los troperos á eso de las 8 de la noche, sintieron el tropel de las mulas que espantadas llegaban á las carpas y de repente un ruido infernal de tacuaras que se quebraban, relinchos, bufidos, patadas, etc.

Acudieron, juntaron las mulas: habia dos heridas, velaron toda la noche y al otro dia encontraron entre un tacuaral deshecho el cadáver de un tigre muerto á patadas: las mulas seguramente le pegaron la primera bien y en seguida de que cayó al suelo, siguieron su obra de defensa: le sacaron el cuero y encontraron el cuerpo lleno de magullones y con el cráneo y los huesos rotos.

Esa noche salió la conversacion de tigre negro y como no creyera en su existencia, me aseguraron que tanto en las Campiñas de Américo como en Pari, frente á donde estábamos, habian muerto tigres negros: pocos dias despues pude cerciorarme de la verdad, viendo el cuero del tigre negro muerto en Pari que mandaban de regalo á D. Juan Carlos, de San Javier, el que á su vez tuvo la deferencia para conmigo de regalármelo.

El cuero es de un negro lustroso, liso, pero al moverlo y mirándolo al través aparecen todas las manchas de un color mas oscuro distribuidas lo mismo que en el tigre comun.

El cuero tiene las siguientes medidas:

1 metro 87, largo del hocico á la raiz de la cola.

0 » 83, largo á la cola.

0 » 85, ancho en el medio.

1 » 72, ancho incluso las manos.

1 » 60, ancho incluso las patas.

0 » 46, ancho del cogote.

0 » 15, entre las orejas cortas.

Antes de acostarnos decidimos salir temprano para las campiñas del Paraiso.

Al otro dia á las 5 a. m. montábamos en nuestras mulas y despues de pasar el arroyo de Monyolo nos internamos en una picada yerbatera: marchamos como 4 horas largas en ella, subiendo siempre cerros más ó menos altos entre ellos uno bastante fuerte llegando á las campiñas á las 9 y media.

La picada, como estaba muy transitada, se hallaba en buen estado, así que con poco trabajo hicimos el viaje.

Las campiñas son seis, entre todas tendrán de superficie mas ó menos una legua, hallándose separadas entre sí por restingas de monte alto con abundancia de pitinga que es uno

de los mejores, sinó el mejor pasto de engorde para las mulas.

El monte que las rodea es lo que se llama fascinal.

Los pastos que se hallan en las campiñas son gramillas en su mayor parte y están todas rodeadas por el Paraiso teniendo así abundancia de agua.

Mas adelante de las Campiñas se hallan los yerbales de los ojos de agua, en éstas hay tambien un yerbal enorme.

El yerbatero es un tipo clásico especial; debe ser un hombre sano, fuerte y de gran resistencia para el trabajo: su carácter generalmente es reservado, no se ocupa sinó de la extraccion de yerba que empieza en Enero y termina á fines de Julio; fuera de ese tiempo, planta algo, pero casi siempre poco.

Para explotar una cantidad de yerba, uno contrata por un tanto la arroba con un gefe de comitiva; éste vá con sus peones al monte y elije un campamento cerca de un yerbal. Lo primero que hacen es limpiar completamente el terreno, fabrican el rancho cubierto con hojas de palma pindo y de construccion sencilla: despues del rancho, hacen el noque, la cancha y uno ó dos carigios, segun la cantidad de gente que componga la comitiva ó la importancia del yerbal. Todos estos trabajos son de obligacion de los peones ó taríferos, y el patron se obliga por ellos á darles la comida.

El noque es un rancho levantado del suelo como unas dos cuartas, cubierto por un buen techo de hojas tacuaras y el piso bien hecho de troncos de arbustos unos al lado de otros sostenidos por horcones bajos de la altura indicada: este piso como tambien las paredes del noque se revisten con una estera de tacuara.

Para hacer la estera cortan las tacuaras y despues de golpearlas con una maza de madera, las abren en sentido longitudinal de manera que quedan como cintas de cuatro dedos de ancho, las que trenzan entre sí unas puestas en un sentido y otras en otro, formando una estera bien cerrada. En cuanto á los dibujos de ellas, son muy variados segun la habilidad de los taríferos.

Para hacer la cancha, caban una punteada en el suelo en una superficie que varía segun la cantidad de yerba que pueden canchar por dia, siempre de forma cuadrada, angosta y larga; despues que han cavado, empiezan á mojar la tierra que ha quedado limpia de troncos, piedras ó raices y á pisarla con pisones de madera hasta que queda bien dura.

El carrillo, es una especie de parrilla hecha con troncos de arbolitos de una altura del suelo que dá al hombro de un hombre, sostenida por horcones, tendrá de largo 10 metros y de ancho 3 metros: esta parrilla tiene alrededor una baranda de 40 centímetros de alto; sobre esta parrilla ponen además tres horcones en el centro en sentido logitudinal sosteniendo una cumbreira. Un carrillo de estas dimensiones, puede cargar 100 arrobas brasileras de yerba en hoja. La cumbreira central del corigico sirve para poner una carpa en caso de lluvia. Una vez que todo esto está pronto, los tariferos entran al monte, quedando solo en el campamento el campamentero que generalmente es el patron de la comitiva. El tarifero toma un árbol de yerba y con su machete limpia el suelo, debajo de él todos los yuyos que haya, voltea además un árbol grande de otra clase y hace al lado de éste un gran fuego. El árbol que voltea le sirve de parapeto contra el gran fuego y á éste le llaman zapecador. Despues de concluido el zapecador, se pone una manea de tacuara en los tobillos que estira ó acorta segun el grueso del árbol y armado de su machete y ayudado con la manea trepa sobre él desgajándolo de arriba abajo.

Una vez desgajado, baja y tomando los gajos los chamusca en el zapecador uno por uno; concluida esta operacion clava dos estacas en el suelo, pone dos cintas de tacuara en ellas, empieza á quebrar los gajos tirando la parte gruesa y acomodándolos entre las estacas: una vez que están llenas de gajos quebrados, los ata y forma un paquete con ellos, sigue así hasta que concluye; despues ata juntos los paquetes, hace dos asas grandes de tacuara, se los pasa entre pecho y espalda y marcha con su carga al campamento por el pique que antes ha hecho para llegar al árbol de yerba. Muchos de estos dán hasta 10 arrobas de yerba en hoja y hay hombres que cargan hasta 14 arrobas.

La obligacion de los tariferos es de traer como mínimun 6 arrobas de yerba en hoja sinó no pagan la comida pero cuanto mas traen es mejor para ellos, porque todos trabajan por tarifa, es decir, por un tanto la arroba, una vez que llegan al campamento se pesa la yerba y vá al carigio en donde se coloca parada con las hojas para arriba. El campamentero hace fuego y cuida de él que tiene que durar de 7 á 8 horas, para que la yerba esté bien seca. Al otro día cuando vuelven los tariferos del monte con la yerba en hoja, el campamentero ya les tiene el carigio desocupado y la yerba seca en la cancha.

(Concluirá.)